



Vargas Llosa: catedral de la palabra

Juan Carlos Moya*

Fecha entrega: 2014-01-14 • Fecha aprobación: 2014-02.14

Cuando estreché la diestra de don Mario Vargas Llosa —esa mañana opaca de un año feliz y casi olvidado— dudé de la fuerza de los cinco nudillos, del peso de la carne de su mano que al tacto era blanda y suave, y que, ahora, el tiempo había manchado con unas pecas que se movían sobre la piel como pequeños lagos de arena.

“Buenos días, es un placer”, dijo con su mirada todavía viva y llameante, como la de un joven limeño dispuesto a encarar el diálogo, la arremetida inesperada de un extraño, sacudiendo con suavidad el brazo para que el saludo pase breve pero cortés, seco pero firme, distante pero dispuesto a ser generoso.

* Juan Carlos Moya, es escritor y periodista ecuatoriano. Autor de la novela «Caballos en la niebla» y del libro de cuentos «Un sueño es un pez pardo». Premio Nacional de Periodismo Jorge Mantilla Ortega, primer lugar, por el conjunto de crónicas titulado: «El oficio de vivir». La Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano le hizo merecedor de una beca de estudios con Ryszard Kapuscinski, en Buenos Aires. Ha trabajado en prensa, radio y televisión. Actualmente se halla culminando su segunda novela. Correo: cielobuenosaires@gmail.com • skype: juancarlos.moya • facebook: <https://www.facebook.com/juancarlosmoyaescritor>.

Y sosteniendo su mano —durante breves segundos que se hicieron largos como los siglos— mientras don Mario Vargas Llosa me ofrecía su sonrisa franca y pulida con buenos modales londinenses, recordé el puñetazo que de su coraje fue a parar en el ojo pícaro y tropical de Gabriel García Márquez, su, hasta ese momento, mejor amigo.



La mano que me saludaba, mientras afuera el cielo de Quito era tan sucio como el de Lima, se había hecho puño en México —era 1976— y había golpeado de lleno a Gabo, picaflor costeño que no dudaba en seguir las faldas desprevenidas, como los perros siguen un hueso.

“Por lo que le hiciste a Patricia”, dicen que dijo Vargas Llosa, los testigos que nunca faltan para desfigurar los hechos con sus propias palabras. Solté la mano de Marito, como le dicen sus allegados, y la suavidad de un pañuelo que se pega a la palma me hormigueó la piel.

El fotógrafo mexicano Rodrigo Moya hubo de registrar, ese año, con su cámara, el ojo morado de Gabo y la nariz en forma de pera lastimada en el tabique. En aquella fotografía que un día publicó el New York Times, con la acostumbrada desfachatez del escritor colombiano, aparece él con una sonrisa que curva su mostacho socarrón, posando risueño para la posteridad y el pugilato literario.

Entonces todo se me hizo un nudo en la memoria, quizá la sonrisa del colombiano se me hizo afrentosa, y no pude más que preguntar, minutos después de iniciada la plática, Don Mario, ¿le volvería a pegar a García Márquez?

Hubo un silencio. Uno de esos silencios que se abren en la tierra para dictar el fin del mundo. Algo tembló en la respiración del escritor peruano.

“No hablo sobre ese asunto”, me dijo finalmente, conservando la calma y sus ojos arianos (Mario nació un 28 de Marzo) se encendieron como el fuego, pero ya era un fuego frío, cortante como el hielo que quema. Y vi su semblante enmudecer con pesadumbre, los vientos que soplan con violencia sobre los picos de los Andes sacudieron su mirada.

Él sabía que desde ese día había perdido a un amigo. Gabo y Marito: dos premios Nobel tan solo separados por un pedacito de tierra llamada Ecuador.

